

ANT
XIX
1771/12

Homenaje

A

Castelar

Tip. «J. de Elizalde» 2^o San Lorenzo 10

21 cms.

R. 74811



VELADA FUNEBRE

ORGANIZADA POR LA

ESCUELA N. DE JURISPRUDENCIA

DE MEJICO,

EN HONOR DE

DON EMILIO CASTELAR

y verificada en la

CAMARA DE DIPUTADOS

la noche del

17 de Junio de 1899, bajo la presidencia del

Primer Magistrado de la República



MEJICO

IMP. "J DE ELIZALDE. 2ª SAN LORENZO 10

1900



Sr. José Vázquez Tagle.

LA MUERTE DE CASTELAR.

Significación de la velada fúnebre organizada por los Estudiantes de Derecho de esta Capital.

Momento triste, momento luctuoso para la humanidad, aquel en que el gran tribuno exhalara su último aliento. Caía hecha girones la vieja gloria de España y el organismo del excelso patriota se desmoronaba sobre el sepulcro. Le faltó el centro de existencia; se apagó la luz que alumbrara los amplios horizontes de un alma que tuvo muy pocas gemelas en la vida universal. Era el vaso por demás delicado para resistir tan duro golpe. Las balas que hundieron nuestra pobre escuadra en Cavite y en Santiago, dieron de rechazo sobre el corazón de Castelar, haciéndolo pedazos. Y el varon sereno, el político resuelto, el artista incomparable, se envolvió en su blanca veste, pura y límpia como el armiño, y se en-

tregó al sueño eterno. No quiso llorar, quiso morir. Y murió en la hora suprema, como es debido que mueran los grandes, los buenos, los justos, los inmortales, ¡Qué mucho que vistiéramos luto todos los que amamos la democracia, la libertad, la justicia, la belleza, el bien, si desaparecía el sublime apóstol de tales doctrinas, la encarnación más alta de este hermoso credo! ¡Qué mucho que le llorasen los esclavos por él redimidos y los pueblos por él alentados, en la lucha contra la tiranía! ¡Bendita, bendita sea mil veces su memoria!

No he de hablar en estas líneas de una vida por todos conocida, aunque á pocos se le haya revelado tan íntimamente como á mí. Llegará día en que pueda hacerlo, y entonces se verá qué grados de elevación y de bondad alcanzaba ese inmenso espíritu. El momento solo es propicio para señalar las manifestaciones simpáticas que en todas partes se consagraron á su recuerdo. Pero como parecía natural, las que revistieron un carácter más hondo, más afectuoso, fueron las realizadas en los países de lengua española. Pocos desconocerán en ellos que Castelar representaba el grado más alto y mas noble de nuestra raza, y servía á la vez de guía y maestro venerado á las democracias que, á

fuerza de enseñanzas y experiencias, han conquistado definitivamente el tipo gubernamental. Prodigio de la palabra jamás igualado; cerebro soberano en el cual todo lo bello, todo lo generoso y todo lo universal cabía holgadamente y recibía vivísima luz; alma abierta á los dolores individuales y á los sufrimientos colectivos; cantor sublime de las más altas perfecciones y de los más puros ideales; optimista impenitente, como deben serlo, como necesitan serlo cuántos desempeñan en la vida humana el apostolado supremo y cumplen la excelsa misión de encauzarla y dirigirla, Castelar, más que una persona, era un símbolo: el símbolo de la raza hispano-americana, recogido en el tabernáculo, adorado en el altar de nuestros corazones, convertido en hostia santa de comunión y de unidad psicológica entre los que llevaron la cruz redentora desde Nuevo México á la Patagonia y los que, al impulso de nuevas energías y de savia propia y original, colocaron perdurablemente sobre la majestuosa cordillera de los Andes, el lábaro de su independencia. Por eso los que en estas regiones respetan el pasado, los que aman el presente, los que, decididos, elaboran el porvenir, con sentido claro y firme de su papel, de sus destinos, del lugar que

les corresponde ocupar en el concurso de los organismos nacionales, libres y necesarios á la cultura universal, comprendiendo el apoyo enorme que con Castelar les arrebató la muerte, dejaron caer sobre su tumba torrentes de flores y mares de lágrimas. En tan honda y delicada explosión de sentimientos, no podía México quedar rezagado. Su misma posición le pone en el deber de ser el primer combatiente en la lucha por el latinismo americano, bajo cuyos ideales ha de desenvolverse la vida de estos nuevos grupos y han de conservar, con el hermoso sello de su origen, cuanto corresponde al genio y al carácter que forma el fondo permanente de su ser especial. Tocábale á la juventud, como la representante más ardorosa del alma nacional, iniciar el homenaje á Castelar, y fué la Escuela de Derecho, quien, tomando á su cargo el asunto, supo llevarlo á feliz y lucido remate. Un estudiante que acaba de terminar con brillo la carrera de abogado, Don José Vázquez Tagle, hijo de familia distinguida de la Capital, logró organizar con modestos recursos reunidos entre sus compañeros, la grandiosa velada fúnebre á que diera realce la asistencia del Señor Presidente de la República y de su Ministerio, en la Cámara de Di-

putados. Llevábamos tiempo de no presenciar nada más solemne y conmovedor. Al par de oradores y poetas, parecía que todos los ánimos y todas las voluntades se habían puesto de acuerdo en el sentido de ofrecer á España acendrado testimonio de cariño por sus desgracias recientes y por la pérdida del más ilustre de sus hijos. En el mismo Congreso español, en aquella tribuna envuelta todavía por los resplandores que sobre ella dejara el eximio muerto, no se habrían escuchado voces más sentidas, ni eco de dolor más sincero y profundo. Era el espíritu de toda una raza que daba al espacio amargas lamentaciones por la desaparición de su glorioso intérprete; por el enmudecimiento eterno de su verbo incomparable. En medio de las severidades á que el destino viene sometiéndonos hace tiempo, hondo consuelo trae al corazón español esta corriente de amor, este sentido de solidaridad que va y viene sin descanso, en oleadas cada día más imponentes y más halagadoras, de aquí al viejo tronco ibérico y de allá á las frondosas ramas que, en el Atlántico ó en el Pacífico, ostentan nuestro admirable idioma como el mejor sello de su personalidad y prosapia. En las honras fúnebres efectuadas por la Colonia; en las poesías y dis-

cursos leídos en la Cámara de Diputados; en el banquete ofrecido por el Casino Español á los organizadores de aquella hermosa fiesta; en actos frecuentes de alto relieve y transparente consecuencia, pueden recogerse elocuentes testimonios de esta afirmación.

Día negro para mi patria el día en que Castelar desapareció del seno de los vivos; pero de su tumba, á manera de lazo atractivo y eterno, brotarán acaso sentimientos de armonía, corrientes de unidad que hagan más fuerte y más bella la vida de cuanto á España pertenece ó de España ha nacido.

TELESFORO GARCÍA.

México. 1900.



Sr. Efrén Rebolledo.

Oración fúnebre.

A la memoria de
Emilio Castelar.

Allá marcha la fúnebre teoría:

Los hombres

Cubiertas de ceniza las cabezas,
Y sueltas como lúgubres crespones
Las largas cabelleras, las mujeres
Inundando las sombras de clamores.
Todos llevan antorchas en las manos
Que agitan como trágicos pendones,
Y narcisos, los símbolos del luto,
Y dolorosos álamos y bojés
Que lloran el dolor de su perfume
En el ánfora negra de la noche.
Una orquesta de músicos extraños
Va tocando una marcha de Beethoven:
Una marcha en que ahoga la sordina
El rumor misterioso de los sones,
En que gimen los cornos y las flautas
Y lloran dulcemente los oboes,
Y aúllan los agudos clarinetes
Y se quejan heridos por el roce
Del arco, los neuróticos violines,
Y gritan doloridos los fagotes
Y sollozan los graves violoncellos

Y rugen desolados los trombones . . .
Una marcha doliente donde gime
El alma de Beethoven.

¡Qué tristeza en el santo cementerio
Donde moran los Manes y los Dioses,
Cuyo silencio apenas interrumpe
El gemido del viento entre los bojes!
¡Cuánta queja en los tristes saucedales!
¡Qué duelo el de los mármoles inmóviles!
¡Qué angustia la del grito funerario
Que lanzan las campanas en las torres!
Allí en ese recinto están Pelayo
Y Gonzalo y el Cid con sus estoques,
Brillando con la gloria de su estilo
Están Cervantes, Calderón y Lope,
Y Figueras, Rivero y Ruiz Zorrilla,
De la nueva doctrina defensores,
Vibrando iras y diciendo oráculos
Envueltos en sus túnicas de apóstoles.
La luna como un rostro macilento
Asoma su marfil tras un desplome
De nubes, y su rayo mortecino
Besa una tumba de brillantes bloques.
Un busto en Paros orna el monumento:
Un bello busto de perfiles nobles,
De soñadora frente,
De ojos que fulguraron como soles
Y labios que vibraron inspirados
Vertiendo miel y fulminando apóstrofes.

Y hablan los labios del marmóreo busto,
 Y su Verbo que vuela como el polen
 De una flor, mancha de oro las tinieblas
 Y llena el mundo con su acento enorme.
 Es un Verbo de bárbaras cadencias,
 De bellos tropos y de ricas voces
 Y frases deslumbrantes y rotundas
 Que rugen como raudos aquilones.
 Y marchan los vocablos arrogantes
 Como escogido ejército de próceres,
 Y pasan los períodos reposados
 Como tranquila procesión de monjes,
 Y vuelan desbandadas las imágenes,
 Y retumban los párrafos con choques
 De alabardas y ruidos de clarines,
 Y las cláusulas corren cual galope
 De jinetes de fúlgidas corazas
 Y desfile de trágicos estoques.

Atruená el Verbo con tu grande espíritu,
 Con la misma grandeza de Demóstenes,
 Como la lira mágica de Orfeo
 Que con sus notas arrulló leones.
 Solo faltó á tu gloria un heroísmo:
 El de haber muerto como Bruto: entonces
 Serías el más grande de tu siglo.
 Porque no eras un Dios, no eras del bronce
 En que fueron tallados esos reyes
 Que viven en los viejos medallones;
 No eras de aquellos héroes formidables
 Que iluminan los fastos españoles,
 Ni tampoco de aquellos que desfilan

Nimbados de celestes resplandores
 Y cubiertos de rojas cicatrices
 Y envueltos en sangrientos pabellones.
 Fuiste sí un lapidario sin ejemplo,
 Que encajaste tus obras en el molde
 Del estilo más bello y más pulido,
 Y el rey de los más grandes oradores
 Y un soñador de utopias inmortales
 Y un poeta creador de redenciones.

Pero ya abandonaste la batalla,
 Ya la frente abatiste bajo el golpe
 De la Parca y rodaste de tu carro
 Al polvo cual las griegos campeones.
 Ya cual soñaste en la doliente Pisa
 Descansas en la fúnebre Necrópolis
 Cuyas puertas custodia el fiero Hades
 Con sus llaves pesadas y Caronte.
 Y en tu sepulcro vivirás contento
 Porque tu fosa alegrarán las flores
 Y en tu sepulcro brillarán mil lámparas
 Como brillan los astros en la noche
 Tu patria te recuerda entristecida,
 Y como el vino en las henchidas odres
 Vivirán en la urna del idioma
 Tus obras soberanas y tu nombre,
 Y en el oriente hermoso de la España
 La aurora de tus sueños redentores.

Efrén Rebolledo.



Sr. Lic. Antonio Ramos Pedrueza.

DISCURSO

pronunciado

por su autor **Sr. Lic. Antonio Ramos Pedrueza.**

Hace treinta y cinco años, la situación de nuestra patria era desgarradora y sus horizontes preñados de nubarrones. Un príncipe de Hapsburgo aceptaba la corona de México, y hacía su entrada triunfal en esta ciudad en medio de las aclamaciones de la aristocracia y de los sonoros tañidos de las campanas de la Catedral, cuyas majestuosas bóvedas se estremecían á los graves acordes del Te Deum. Dos ejércitos ocupaban militarmente el país, desde Sonora hasta Chiapas, desde las playas de Colima hasta Yucatán; el ejército francés orgulloso de sus mil victorias y tranquilo por su incomparable prestigio, y el ejército reaccionario, resuelto á vengar sus derrotas y á reconquistar sus fueros y sus privilegios. Allá en el Norte, un Presidente de humilde cuna, pero de broncíneo corazón, perdido en los desiertos de Chihuahua, aunque llevando el alma de todo un pueblo consigo, sin ejército y sin recursos, calumniado él y el grupo de patriotas que le seguían y calumniado con ellos México, como nación imposible de gobernarse por sí misma, necesitando la garra de acero de la intervención extranjera foco de todos los desórdenes y mancha de la civili-

zación, al decir de los más reputados publicistas europeos.

En medio de éste casi unánime grito de reprobación para nuestra Patria, en cuya pálida frente imprimía el César francés, el «Lasciati ogni speranza,» que condenaba nuestros adorados ideales de la Reforma y nuestra altiva creencia de ser un pueblo honrado y viable, se escucharon los inspirados, casi proféticos acentos de un joven profesor del Ateneo de Madrid, que en nombre de la justicia anatematizó la Intervención francesa, en nombre de la idea republicana protestó contra un trono levantado sobre los cadáveres de los heroicos soldados del Ejército de Oriente, y en nombre del derecho maldijo la guerra contra una nación que no tenía más pecado, que amar con exceso, locamente quizás, la libertad y la democracia y pronunció aquellas palabras, presagio santo de la negra noche de Sedán: «Para Napoleón I, España; para Napoleón III, México.»

*
* *

Desde entonces, una corriente continua de simpatías, unió al eminente escritor con la juventud liberal de México que buscaba en sus revistas y en sus estudios, aquel amor al arte y á la democracia que fué señal distintiva de nuestros publicistas de la pasada generación. Fiel Castelar á esa comunión de ideas, lloró con nuestros reveses, se identificó con nuestras victorias, se regocijó con nuestras prosperidades y aplaudió siempre la era de paz y de trabajo

que comenzaba para México. Bastaría sólo este aspecto de su fecunda vida, para justificar la manifestación de dolor á que hoy nos congrega, lo que hay de más noble, de más puro en todâ sociedad, la juventud escolar, la que lleva arreboles de luz en la mente y sed infinita de saber y de gloria en la conciencia; y tan consolador debe parecer que la juventud muestre con esta apoteosis, que ama el arte, el patriotismo, la ciencia y la honradez, que imposible me ha sido el rehusarme á venir aquí, tan desprovisto de todo cuanto en estos momentos hace falta, menos de filial afecto para la Escuela de Derecho y de admiración para el eminente tribuno español.

En la época en que este nos enviaba al través del Atlántico lo único que poseía, sus anhelos por nuestro triunfo y su dolor por nuestras penas, aún no había ascendido á la cima á que su genio debía llevarlo, aún no había constelado el ancho cielo del arte con sus brillantes creaciones; pero la Revolución de Septiembre, cuya tendencia él propagó como ningún otro, recorriendo toda España, iba á proporcionarle el vasto escenario de que tanto necesitaba.

*
* *

Derribado el trono de Doña Isabel II á impulsos de aquel formidable movimiento que fecundó la tierra española y dejó para siempre en ella su espíritu, presentáronse todos los problemas que venían agitando la Península desde principios del siglo, con revueltas tan conti-

nuadas como estériles. Abrense las Cortes Constituyentes de 69 encargadas de dar respuesta á todos los partidos y resolución á todos los problemas. Desde las inmortales Cortes de Cádiz que promulgaron en medio de los fulgores de la tempestad, el Código liberal de 1812, obra del patriotismo y de la ciencia de varones como Argüelles, Capmani, Muñoz Torrero, Mejía y tantos otros, no se había reunido asamblea tal como aquella encargada de constituir la nación bajo nuevas bases. Ahí se vieron representados todos los partidos, todas las escuelas, desde el carlismo más intolerante y exaltado, hasta la idea federal y republicana, más avanzada. Todo cuanto existía de distinguido en la España intelectual tuvo su representación en aquellos bancos. Ahí se escuchó la palabra brillante y poética de Moret, la sabia y profunda de Pí Margall, la inspirada de Echegaray, la vigorosa y atronadora de Ríos Rosas, la de músculos de bronce de Cánovas, la inspiración de Olózaga, la oportuna y acerada argumentación de Sagasta, la ironía fina de Martos; inolvidable época para la Historia del Parlamento español que entonces escuchó los acentos de la verdadera elocuencia, la que tan sólo deja oír su imponente voz en las épocas en que se puede pensar en voz alta y libremente, porque si ella es hija de la sensibilidad y del talento, tan sólo crece al lado de la libertad.

Jamás la tribuna española resonó con acentos más elocuentes; la lucha fué reñida y el combate enciende el fuego de la inspiración en el alma del verdadero orador; mas entre todos

aquellos maestros, ninguno más prodigioso en sus recursos, más sonoro en sus inimitables períodos, más tierno en sus lamentaciones, más robusto en sus apóstrofes, que el orador por excelencia, Emilio Castelar; él parecía haber sorprendido el secreto musical de arrancar áureas y misteriosas armonías á la prosa castellana. Su palabra pintaba con los colores más bellos de la fantasía, cincelaba como el buril más fino, recamando las filigranas de su delicado y original estilo; llena de mil giros fugaces, de mil sorpresas arrebatadoras, ya centelleaba deslumbrante, ya acariciaba apasionada, sonando á gloria si cantaba las muertas grandezas españolas, ó tomando entonaciones elegiacas si pintaba las presentes desgracias; ora plácida y serena, ora tempestuosa y arrebatada, pero siempre llena de luz y de armonía, de color y de vida, impregnada siempre de ciencia y de fe, de arte y de amor en tan alto grado que puede decirse de Castelar lo que Lamartine dijo de Cicerón: «No es su nombre el nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia.»

*
* *

Y aquel incomparable artista de la palabra no fué tan sólo un gran poeta y un soberbio escritor; fué algo más, un pensador profundo; mas engarzaba sus ideas en formas tan bellas, poseía en tan alto grado la divina cualidad de embellecerlo todo, que la impresión de su auditorio no era propiamente la persuasión ó la convicción, sino la fascinación; no le daba tiempo para reflexionar deslumbrándole con las

mil facetas de su abriantada frase matizada como el iris, ó arrullándole con la gama de su armonioso verbo con dulcísimos acentos jamás oídos. Tendemos á gozar más que á meditar, principalmente los que pertenecemos á raza como la latina, eterna sacerdotisa del arte. Pero al través de la pedrería de su estilo descúbrese la filosofía en sus variadas escuelas, las ciencias sociales en sus múltiples aplicaciones, la economía política en sus inmutables doctrinas, la historia con sus tremendas enseñanzas y sus severos consejos y la religión con sus impenetrables misterios y sus aterradoras grandezas.

Con esa palabra refulgente como un relámpago y cortante como una espada, suave como una plegaria, embriagadora como un delirio de amor, grave como la voz de un profeta y diáfana como el alma bondadosa de donde brotaba en períodos de irresistible armonía y de sobrehumana belleza, Castelar fué el amoroso y terrible patrono de todas las desventuras de todas las víctimas de la opresión, de todos los que luchan por el pan del cuerpo ó por el pan del alma, de todos los que suspiran por una patria, ó lloran encadenados á la roca maldita, la falta de libertad, de todos los que no tienen luz, porque sienten la opresión en cualquier forma, económica, civil, política ó religiosa, pues él bajó á todas las arenas para combatir por la justicia, y con una mano acariciar la frente de todos los dolores, mientras con la otra enrojecer con el hierro candente del anatema, la frente de todas las tiranías!

Pero jamás manchó su blanca túnica de ar-

tista con la hiel de los rencores; escritor, su pluma nunca se rebajó á la agria polémica personal; orador, jamás prostituyó el verbo divino de su palabra en el turbio torrente de los dicterios y de las injurias; siempre mantuvo alta su espaciosa frente, con la olímpica serenidad de un predicador de almas; siempre benévolo para sus enemigos, siempre respetuoso para todos los pueblos de la tierra; la Francia, á la que tanto amaba él, como tanto amamos todos, aquella Francia pitonisa de la libertad, fué siempre en sus afectos la divina reveladora del derecho; Inglaterra, la tierra clásica de la libertad individual, la escuela de los gobiernos representativos; Alemania, la redentora de la conciencia humana, inventando la imprenta, para que volara el pensamiento y la libertad religiosa, para que respirase la conciencia; Italia, la patria de nuestro espíritu, la cuna de nuestro pensamiento, la madre de nuestra habla; los Estados Unidos, la gran nación que ha realizado la grandiosa epopeya del trabajo; las Repúblicas hispano-americanas, los organismos jóvenes de un nuevo y progresivo espíritu, que escribirá sobre la cordillera de los Andes, los eternos principios de la democracia y del derecho.

*
* *

Difícil es, señores, reunir la vocación para el arte, que fué siempre el fondo del alma de Castelar, con su prodigiosa y comprensiva aptitud para las abstracciones filosóficas y sociales; pero es aún más difícil haber reunido en tan armónicas proporciones, la fisonomía de un

grande artista, la aureola de un pensador y la estatura de un hombre de Estado, de un gran patriota.

Y así fué Castelar. Soñando cuando joven, en la República, como la suspirada redentora de las desgracias españolas, identificándola con la felicidad de la Patria, fué su anhelo desde las Cortes de 69, llegar resueltamente á ella, al través de todos los obstáculos, derribando todas las tradiciones rebeldes, despertando los gérmenes republicanos, identificándola con las páginas gloriosas de la Nación, haciendo converger todo á ella, que él veía venir majestuosa, henchida de esperanzas mesiánicas, á curar todas las heridas y á restaurar al pueblo español la perdida grandeza. Pero la espada del General Prim se interpuso, y España, que en el Siglo XVI enviaba sus jóvenes príncipes á sentarse en los tronos de Italia, á la sombra de la invencible bandera de Castilla, hoy pedía á Víctor Manuel un segundón de Saboya, para ocupar el trono de Carlos V.

Castelar combatió á Amadeo, sin tregua ni reposo, como el último obstáculo que se había interpuesto entre su sueño de oro y la realidad; en esa lucha mostróse nuevamente el gran tribuno de las Cortes, y en sus relampagueantes discursos, no se sabe qué admirar más, si la intrepidez y la grandeza de alma de Demóstenes, ó los arrebatadores arranques de Cicerón. Una tempestad llevó al Duque de Aosta á las playas españolas; los relámpagos anunciaban otra mayor, y el monarca, queriendo ser fiel al escudo de su familia, á la cruz de Saboya, to-

mó la única resolución posible en una alma generosa: abdicar. La República fué por fin proclamada.

Entonces pudo comprobar Castelar que no era tan sólo un gran orador, sino también un gran patriota: había contribuido á derrocar á Doña Isabel II, pero no era responsable de los procedimientos políticos de la revolución de Septiembre; cuando su influencia le permitió sellar su programa con el selto de su personalidad, rechazó abiertamente todo medio violento, mostrándose el partidario más resuelto de que la democracia española no recorriese ya otro sendero que el del orden y el de la ley.

*
* *

Desde entonces fué el implacable anatematizador de los procedimientos revolucionarios, el sostenedor del derecho pacífico, enemigo de la fuerza y de la violencia; desde entonces empezó resueltamente á predicar en España la poética pacífica, condenando los hábitos arraigados de revueltas como profundamente perturbadores, propios tan sólo para traer soluciones efímeras á cambio de reacciones devoradoras ide todo adelanto trabajosamente alcanzado nunca admitió, jefe ya de partido y fuerza política de primer orden, otra tarea que discutir, otra arma que la palabra, otro procedimiento que el voto, otro parapeto que la tribuna, otro mandato que el compatible con la ley.

Implantar esta política en pueblo como el español, que como pueblo latino está pronto á dar su vida por la libertad, más bien que á con-

sagrar su vida á la libertad, á tener heroismos sublimes de un momento, mas no como los pueblos sajones á trabajar pacientemente por conquistar una idea y llevarla primero á la conciencia pública, para después inscribirla en el augusto libro de la ley; buscar la democracia en los cerebros del pueblo, pero jamás en las barricadas, sacrificar á correligionarios y amigos, antes que salir del camino firme aunque lento de una evolución no exenta de amarguras ni de fracasos, pero inmaculada siempre, fué la grande obra política del inmortal orador que siempre quiso ser antes que todo, y lo consiguió, un gran patriota.

Ministro en el primer gabinete genuinamente republicano, Presidente de la República por cortos meses, no fué ni suficientemente estimado ni claramente comprendido cuando trazó su admirable y luminoso programa sobre la actitud gubernamental y conservadora, que debería asumir el partido republicano en sus primeros y como tales delicadísimos ensayos; una votación en las Cortes, le hizo abandonar la primera magistratura y de ella bajó sereno siempre, animoso más que nunca, aunque comprendiendo cuán aterradora era aquella marcha á lo desconocido, sosteniendo su actitud, comprendida hoy, pero desolado con la agonía de la República, que podía traer la reacción con sus horrores despedazando ocho años de lucha.

*
* *

Los pueblos preguntan en sus tremendas crisis á los hombres que los guían, lo que

interrogaban los judíos á Jesucristo en el templo: ¿Qué señal nos das para que reconozcamos que debes intervenir en nuestros negocios? No discuten derechos abstractos, ni doctrinas sociales, quieren milagros en que reconocer y palpar al hombre de la Providencia, al elegido del destino; y no siempre pueden hacerse prodigios, que todo se conjura en ciertas ocasiones contra el patriotismo más puro y los fines más nobles. Castelar no tuvo esas fuerzas misteriosas que el enlace de mil circunstancias presentan en los momentos felices de la vida de los pueblos, la condensación de las ideas en las costumbres, las aspiraciones conscientes y claras cristalizándose en el transcurso de los años, de los siglos muchas veces, no son ni pueden ser obra de la voluntad de un hombre, por grande que sea su genio, por elevados que sean sus fines; en política no se pueden predecir los acontecimientos como en Astronomía los eclipses; solo el Júpiter griego tenía en su mano el rayo que lanzar á la tierra en los momentos supremos; los hombres públicos no tienen más obligación que la pureza de sus intenciones, el trabajo y la perseverancia en sus hábitos y la prudencia en sus actos. La caída de la República fué obra de la fatal necesidad que tenía España de un gobierno fuerte tras largas fatigas; ella quería sentarse á reposar un instante, pero cada jefe de batallón que pasaba, la obligaba á ponerse en pie.

El grito de Sagunto resonó en toda la Península, y Don Alfonso XII pudo sentarse, al fin, en el trono de sus mayores.

Castelar comprendió cuál debía ser su actitud en las Cortes de la Restauración, y supo ser admirablemente leal á ella. Luchando casi aislado con sus eternos enemigos los conservadores y con sus antiguos amigos, convertidos en liberales dinásticos, emprendió su campaña definitiva, en la que durante los primeros años luchó con el buitre del carlismo, que revoloteaba aún para devorar los últimos restos del pensamiento español, con la indisciplina del ejército, inevitable resultado de los motines de cuartel, con el regionalismo, siempre amenazador para la unidad nacional, y cuando hubo arrojado por tierra y maltrecho aquellos eternos é irreconciliables enemigos de la patria, emprendió, transfigurándose en un verdadero hombre de Estado, y realizando prodigios de elocuencia, en aquel pedestal de su gloria, la tribuna parlamentaria, la tarea más seria y honrada tal vez de su agitada cuanto hermosa vida, dar un sentido pacífico, positivo y legal á la democracia, y al cabo de catorce años de una lucha obstinada, en la que desplegó habilidad, valor civil, perseverancia de hierro y en la que derrochó raudales de ciencia y de belleza en la tribuna, de bondad y de prudencia en todas partes, Castelar triunfaba y lo que parecía imposible, la Restauración concedía la libertad de conciencia, la primera de todas, la libertad de asociación, la del trabajo, el juicio por jurados, único medio de hacer justicia en cada caso especial para no ahogar la equidad dentro de las fórmulas tan ge-

rales como rígidas de los preceptos abstractos de la ley penal, el matrimonio civil, y el sufragio universal que permitía el advenimiento de todos los españoles á las luchas electorales.

Entonces realizó el acto más elevado tal vez, de su vida política y como tal, el más discutido; comprendiendo que había conseguido cuanto era posible, democratizar la monarquía, impregnarla del espíritu del siglo, para que España á su vez entrase dentro de él; comprendiendo que las formas de gobierno no son nada por sí mismas, sino en relación con los hombres que las manejan y los pueblos que las practican, y percibiendo con la luminosa claridad que esparcía su privilegiada inteligencia que la monarquía había dado á España cuanto convenía por el momento, y que la República vendría por fin, si así debía ser, puesto que las formas de gobierno jamás son causas sino efectos del estado social de un pueblo, ganado el fondo ya de la democracia, inútil era perseguir la forma y continuar combatiendo sistemáticamente un gobierno estable y que se había acercado tanto á su ideal, no era patriótico; y como él había tenido dos amores, uno la República, otro la Democracia, pero la esposa de su alma, había sido siempre su bien amada España, resolvió sacrificar todas sus ambiciones á ella y disolvió sus huestes, y se retiró á escribir a historia de la patria, después de haberle dado tantas páginas de gloria, y explicó su conducta abnegada y patriótica, lógica y discreta en el magistral é incomparable discurso del 7 de Febrero de 88, en que toda la Cámara deslumbrada, comprendía

la grandeza de aquel acto explicada en el más hermoso lenguaje que se hubiera escuchado.

*
* *

El rayo de la muerte le ha herido como al más humilde de los mortales, después de haber derramado tanta luz de lo alto de la tribuna, altar en que oficiaba con la grandeza de un pontífice y la serenidad de un apóstol; su pensadora cabeza, donde ardía la divina llama de la inspiración, cayó en el frío ataúd, y los labios que despidieron en ondas de armonía el verbo luminoso están yertos y fríos como el mármol de la tumba que lo guarda; pero sobre ella flotará eternamente el pabellón de oro y gualda, porque él era al finalizar la centuria que espira, la gran figura nacional de España.

Cuán mejor hubiera sido que este ilustre inmortal hubiera entrado á los círculos de luz hace algún tiempo y no hubiera sentido la amargura de ver á su patria humillada, vencida, despedazada en el yunque de todos los dolores! ó por qué no vivió tiempo bastante para verla restañada de sus heridas y redimida por ese prodigioso taumaturgo de las sociedades modernas que se llama el trabajo; y en lugar de que sus últimos acentos fuesen tan tristes como los trenos del profeta por la ciudad de Sión, se alzaran armoniosos como los anuncios del Bautista predicando la buena nueva....

Duerma en paz el gigante apóstol del credo liberal, y depositemos como la mejor corona sobre su sepulcro, la que lo hará estremecerse sobre su lecho de piedra, el voto fraternal que formulan los que hablan la lengua que él mara-

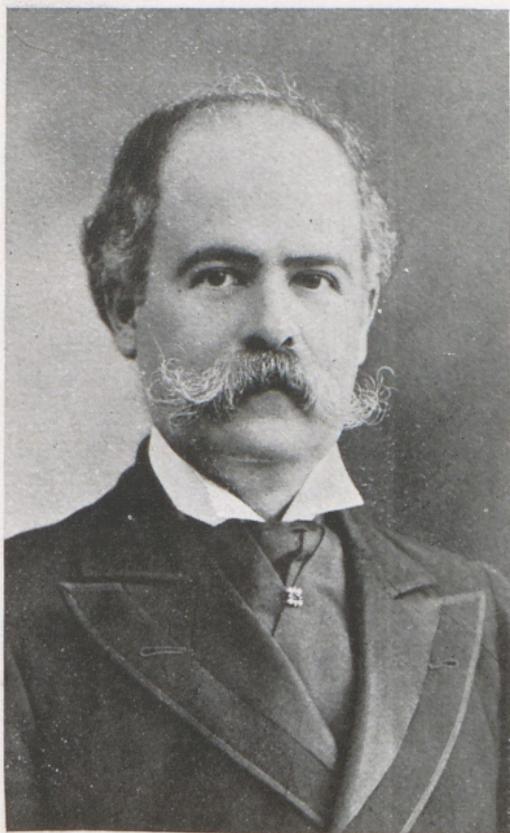
villosamente cinceló y llevan la misma sangre que enardecíó su corazón de bronce, de que el amor de sus amores, la madre España, encuentre la paz que tanto necesita y que para ella anhela esta tierra, que como ella, jamás soportará yugo extranjero, y que al fin parece va llegando á la sosegada y risueña playa, por la que tanto suspiró.



Á CASTELAR.

A mi muy querido amigo José Vázquez Tagle.

Recuerdo la ocasión; guardo el acento;
Veo el sitio, oigo la voz y una tras una
Sus frases reconstruye el pensamiento;
Cuando dejó de hablar, el Parlamento
Afluyó en masa al pie de la tribuna.
Y al bajar y dejarla, estándó aún rojos
Sus pómulos, del Genio entre los lazos,
Ví lanzarse á su faz todos los ojos,
Y á su gran corazón todos los brazos.
¿Qué había dicho? la gente cautivada
Lo escuchó, cual se escucha, alta la frente,
Mudo el labio y el alma enajenada,
Rodar á los abismos un torrente
Que arrastra rayos de oro de alborada
Y deja como huella refulgente
Un iris en la atmósfera azulada.
Yo sentí no sé qué; más por mis venas
Corrió la sangre transformada en fuego
Y me creí un demócrata de Atenas
Cegado por la luz del Arte Griego.
Me subyugó su genio, como á esclavo;
Y no encontrando un lauro ni una palma
Que poderle ofrecer; secundé el «bravo»
Que partiera de todos, con el alma.



Sr. D. Juan de Dios Peza.

Algüien volvió la faz y con un dejo
 De extrañamiento, ó de desdén profundo,
 Miró cual saludaba allí perplejo,
 Al más grande orador del Mundo viejo
 El último cantor del Nuevo Mundo.
 ¿Que le oí? Sofocaba los rencores
 El rubor infundado ó la vergüenza,
 Que despierta en el pueblo y los señores
 Que les digan extraños detractores
 Que con España el Africa comienza.
 «Y es verdad,» —exclamó con voz entera—
 Nuestros son sus candentes arreboles;
 Vuelva Africa los ojos por doquiera
 Y encontrará recuerdos españoles.
 De ella nos viene como brisa grata
 Que perfuma el jazmín del Medio-día
 La emoción de la dulce serenata,
 Con que llora en la guzla Andalucía.
 Y la greca mudéjar, que bordada
 Por las huríes resalta siempre bella,
 En templos y en alféizares labrada,
 Africana es, y en Dénia y en Darbella
 Lo son, sobre las costas extendidos
 El áloe y el nopal allí nutridos.
 El semítico toque del idioma
 Que por fortuna hablamos; incrustado
 En el fondo latino; tiene aroma
 De africano al-magreb, y el afectado
 Hablar de abencerrajes y zegríes
 Del Africa nos vino arrebatado,
 A labios de profetas y nabíes.
 El oriental romance de Zorrilla
 Huele á africanas flores costaneras
 Y el Africa también se asoma y brilla

En Góngora nacido entre palmeras.
 En los clásicos Séneca y Lucano,
 Del Albaicín en cada escalinata
 Hay olor y sabor siempre africano
 Que en nosotros se extiende y se dilata.
 «Africa,» grita Alonso al asomarse
 En las béticas y altas cordilleras;
 «Africa,» allá en los altos de las Navas
 Los reyes bendiciendo sus banderas!
 «Africa,» en sus encargos postrimeros
 Isabel la Católica; y Cisneros
 Grita Africa en Orán, y en el recinto
 De Portugal, el príncipe Fernando.
 ¡Africa! grita en Túnez Carlos Quinto;
 Y todos por doquier surgen gritando
 ¡Africa! en lo mejor de nuestra historia:
 ¡Con Africa nos vienen insultando
 Siendo ella nuestro orgullo y nuestra gloria!

Mas ¿cómo traducir lo que decía
 Aquel hombre sin par? Con cada acento
 Un raudal de emociones sacudía
 Lo mismo al corazón que al pensamiento.
 Porque hablando de España, altar y cuna,
 Que engendraron sus altos ideales,
 Era un astro inundando la tribuna
 De esplendorosos nimbos celestiales.
 Tuvo un amor sin mancha y sin desdoro,
 Que fué ser de su ser y al que dió todas
 Sus fuerzas como el único tesoro
 Digno y mejor, al celebrar sus bodas.
 Fué ese amor la República; en su seno

Depositó temprano, cuanto había
 En su gran corazón, de noble y bueno.
 Nadie en aquellos tiempos le entendía
 E imitando á Jesús el Nazareno,
 En donde más hablaba más sufría.
 Y cargando su cruz, y de fe lleno
 Se le vió en cada plaza, en cada villa,
 Esparcir de su credo el suave aroma,
 Y á la gente demócrata y sencilla
 Hablar en claro y convincente idioma,
 Tornando así los campos de Castilla
 En los *rostros* históricos de Roma.
 Y la bondad pintando de sus leyes
 Y retratando en formas y en colores
 Los crímenes y vicios de los Reyes
 Y la dura crueldad de los Señores;
 De los privilegiados el encono
 Le persiguió sin tregua; firme y fuerte,
 Siguió sin miedo fustigando al trono
 Y el trono al fin le decretó la muerte.
 Se le vió entonces lleno de heroísmo
 Predicar su doctrina en tierra extraña,
 Y en medio del dolor del ostracismo
 Ser llamado el Demóstenes de España!
 Tornó á la patria y realizó su idea
 Que pronto se extinguió cual sombra vana
 ¡Todo pueblo es igual al de Judea
 Al que con un Hossana victorea
 Le grita «Crucifícalo» mañana!
 Y él, oyó pronto el repugnante grito,
 Mas no sintió rencores ni venganza
 Y como su República era un mito
 Le dió otro culto entonces: ¡la esperanza!
 Y no abatió ante el mundo su estandarte

Ni sofocó su afán noble y sincero
Buscando en otro mundo, en el del Arte
Los esplendores de su amor primero.
Yo escuché de sus labios, en sus lares,
Frases de amor á México y su ardiente
Admiración por nuestro egregio Juárez
Que él llamó «redentor de un continente.»
¡Ah! todo pasa y huye y desaparece
Del mundo en el fantástico proscenio!
Tan solo no hay ocaso ni anochece
Para un sol inmortal: el sol del genio.
¡Oh Castelar! has muerto cuando sangra
El corazón de tu amorosa tierra;
Cuando lleva en el alma y en el rostro
El luto del dolor y de la guerra.
Cuando se agita el pueblo filipino
De sus nobles deberes al reclamo
¡Luchar hasta morir es su destino
No la fusta lamer del nuevo amo!
Te vas cuando era el timbre de tu gloria
No buscar auge, ni anhelar fortuna. . . .
Lo que á tí ayer, hoy digo á tu memoria:
Tu eterno pedestal será la Historia,
Tu eterno monumento la Tribuna.

Juan de Dios Peza.



Sr. Lic. Justo Sierra.

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Lic. Don Justo Sierra.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS:

SEÑORES:

En la siempre erguida Escuela de Jurisprudencia, sólo capaz de inclinar la frente ó abatir su insignia ante el Civismo ó el Genio, es tradiciona^l la admiración entusiasta por Castelar. Hace cabales treinta años, un estudiante de Derecho decía en un artículo sobre el tribuno español, («Renacimiento,» Agosto de 69):

«Castelar es un gran poeta; nunca en la tribuna española se ha levantado tan alto la palpitante elocuencia de la imaginación y de la figura: no sólo da vida á sus ideas con su palabra maravillosa, sino que les da una vida que se desborda en pompa de estilo y en inagotable riqueza de color y de brillo. Esa elocuencia que llamaríamos panorámica, es el género de nuestro siglo. En la época presente la existencia de una nación se mezcla sin cesar con las demás, y el auditorio del Genio está en todas partes. Ha habido momentos en que las naciones civilizadas han ocupado en espíritu las galerías de las Cortes Constituyentes de Madrid: es que hablaba Castelar. Y le era preciso recorrerlo todo.

abrazarlo todo, reflejar toda su época en sus magníficas improvisaciones; todo mezclado, y sin embargo, no la confusión, sino la fusión. La necesidad de hablar á aquel auditorio que el orador no veía, pero que sabía que le escuchaba, hacía brotar espontáneamente de su cerebro, la imagen, ese idioma universal, ese medio de realizar el milagro del don de las lenguas. Para llamar poeta á Emilio Castelar, no pensamos solamente en su extraordinaria imaginación, sobre ella posee otra facultad sublime: el sentimiento. La sinceridad de las convicciones da á su expresión una ternura incomparable, un cariño por todo lo bello y lo bueno, que arranca las lágrimas.» Y el estudiante de Derecho concluía su artículo con estas palabras: «Quiera el cielo conservar para honra de España y bien del género humano, al joven tribuno sobre cuya inspirada frente ha depositado el ángel de la democracia sus mejores coronas; quiera el cielo conservarle para orgullo de las letras castellanas y para el triunfo de la idea moderna que, emancipada de las cadenas de la tiranía y de los errores de sus padres, ha sabido colocar sobre todas las soberanías, sobre la soberanía del rey y sobre la soberanía del pueblo, la única que viene de Dios: la soberanía del hombre.»

*
* *

Este era el diapasón de nuestro entusiasmo antes de que naciera la generación que ha visto morir á Castelar. Y el entusiasmo de los que entonces teníamos veinte años, venía de lejos ya;

conocíamos sus novelas, poemas líricos y sentimentales en prosa, en que los personajes no viven como seres de hueso y carne, sino como átomos divinos que piensan y que sufren: que chocan y se atraen dentro de un infinito, el alma del autor. Nos encantaban esas novelas, facticias y musicales á un tiempo, porque nos revelaban en medio de grupos dolorosos de hombres y mujeres irreales una realidad palpitante y viva: el corazón de Castelar. Para novelador, faltaba al supremo artista de la frase, una sola condición: conocer el amor. Eso se nota hasta en su prodigioso estudio ¿estudio? diremos Canto á Lord Byron. El amor como Byron lo conoció, el amor de la tierra, pegado al suelo, que se alimenta de apetitos, de tristezas, de tormentas y tormentos, inmenso á veces, porque tiene el abismo abajo; que vuel a, pero siempre para quemarse las alas, ese que resume en un minuto todos los dolores y los deleites de la vida, nuestro Emilio no lo conoció; lo pensó, lo adivinó, pero no lo sintió. En su lugar colocó frases estupendas en que parece que hasta el aspecto material de las palabras es un sortilegio y que hasta en los que no entienden el idioma del orador, produce un deleite físico. Y es que este hombre que imaginó maravillas de vocablos, diapreados con la tela de la fantasía, cuando trataba de las mujeres, nunca tuvo un grito de amor sensual, de esos que vienen de las entrañas, y del que parte una cadena eléctrica que junta los corazones de generación en generación. Entró con el es-

píritu virgen de amor profano, en el amor divino de la libertad y la justicia; su imaginación lo había abrevado en todas las voluptuosidades, y lo hizo artista; su temperamento lo había vestido con el alba inmaculada de todas las castidades, y lo hizo sacerdote, y fué el sacerdote del derecho humano.

*
* *

Eso vislumbrábamos, sin darnos cuenta de ello en sus novelas; pero en sus discursos, ¡cómo vivía aquel hombre, cómo hacía vivir, cómo hacía sentir! Tanto, tanto, que, si me es permitido decirlo así, se percibía su voz al través de sus frases, delgada y cristalina en los primeros períodos y luego rotunda y llena, pero infinitamente flexible y polifónica, como un *carillón* de campanas de oro. La fatiga que á veces se resiente al fin de sus discursos ó de sus escritos (todo es uno) proviene del placer fisiológico que causa la manera con que el gran poeta espontáneamente encadena las imágenes y liga los vocablos; á fuerza de ser intenso y repetido, produce una especie de insensibilidad precursora de la hipnosis; aquella ánfora de elocuencia no podía verterse en nuestra mente y en nuestros nervios, sin colmarlos; se experimenta la necesidad de procurar intervalos al deleite de apurar ese néctar, hecho, como el vino andaluz, de rayos líquidos de sol y esencia de flores de oriente trasplantadas á los cármenes españoles.



Y tal como fué en sus primeros discursos, tal fué en los últimos; la misma espontaneidad, la misma matinalidad de imaginación, el mismo brío juvenil de sentimientos, la misma fe pura en el ideal, la misma pasión por lo bueno, la misma mirada lanzada al cielo luminoso del porvenir, por encima de los horizontes negros de la historia, el mismo apego hondo, ingenuo, inmutable por la tierra de la patria, formada con el polvo sagrado de los padres y envuelta en áurea atmósfera compuesta de orgullo y sufrimiento y gloria; el mismo hombre, en fin, que canta sus primeras estrofas tribunicias á la resurrección de Italia y estudia en su cátedra de profesor la sorprendente amalgama del alma helénica y el sentimiento cristiano en las fuentes divinas de nuestra civilización, es el que cuarenta años más tarde y casi al espirar, hacía del bronce de la ley un pedestal incommovible á la libertad de España, para que así pudiera desafiar el embate de todas las reacciones y de todas las apostasías. Para que el astro de este lírico sin par de la elocuencia política, hubiera podido crepuscular y envejecer, habría sido necesario que hubiese vivido un siglo más.

Y así sano y noble y bueno, desplegaba aquel genio verbal sin semejante sus alas estelares.....Confiado en la libertad, confiado en la Patria.....se sentía feliz..... De repente vino la noche, la derrota, el desastre, la leyenda heroica y caballeresca de Es-

paña echada á pique en las aguas de Cuba por los cañones monstruosos de una democracia que ha trasmutado el derecho en fuerza, y el oro en hierro.....Y herido con la herida de España, se sintió morir.....

*
* *

Ha muerto. Ha bajado del reino de la palabra que era el suyo, al reino del silencio, que es el de Dios. Los ecos de su voz soberana, las ondas sonoras que la llevaron vibrante y magnífica á todos los ámbitos de la civilización, decrecerán pronto.....callarán al fin. Los clamoreos de la apoteosis, las músicas del triunfo cívico, el gran sollozo de la Patria, *mater dolorosa* que se abraza hoy al féretro que descende á la perpetua sombra, enmudecerá pronto, ha enmudecido ya....Un solemne apaciguamiento descenderá como la mortaja postrera sobre este hombre de labor y de gloria.....

En el profundo mar humano que hoy se agita y encrespa al soplo precursor de las tormentas próximas, ha caído este gran muerto con una bala al pié, la humillación de su Patria, y al caer ha hecho un gran remolino de himnos, de elogios, de palabras.....de espuma. En los círculos concéntricos que en las olas se dilatan, flotan fragmentos de una corona de encino, de laureles, de áureas palmas.....Llevadas por las ráfagas del huracán huyen por el espacio girones de celajes pálidos.....segmentos luminosos: son va-

pores de ensueños, restos de un nimbo de luz, de una fe apagada y muerta..... Todo desaparecerá.....

Los comicios y las asambleas españolas no serán ya un foco de comunicación magnética con el mundo, y flotará perdido en lo infinito el extremo del cable eléctrico que unía al espíritu de las multitudes ibéricas con el ideal de la federación de los pueblos.

De cuando en cuando, de uno y otro lado del Atlántico, nos inclinaremos sobre el mar para oír el eco de las campanas de oro que repican bajo las olas como en la ciudad de Is de las leyendas bretonas.»

Castelar vino un día á nosotros, se sentó en nuestra comunión literaria, tomó un escabel en la redacción del periódico más popular de la prensa mejicana; entonces comenzó esa fulgurante serie de páginas en que el orador hablaba con la pluma, ya que no con la lengua, y en que, á un tiempo poeta lírico, pitia inspirada, sibila anunciadora, pastor de pueblos, fascinador de hombres, evocador de siglos, informador de ideales y hombre de Estado y de gobierno á fuerza de pasión santa por la libertad, nos enseñó á todos, nos encantó á todos, nos desesperó y nos sedujo; nuestras almas seguían como mariposas la luz de aquella antorcha.....Yace hoy por los suelos humeante y extinta. ¿Quién la recogerá? De los cursores que se transmiten la antorcha de la vida ¿dónde está el que ha de recoger la que la muerte hizo caer de manos del tribuno español? ¿Quién ha recogido la lira de Hugo, que

un día dijo á Castelar en una de sus epístolas apocalípticas: sois, Emilio mío, el primer orador del mundo?

Sí, aquel hombre que hacía de sus discursos la perpetua interpretación del Universo, era el orador absoluto; Gladstone lo llamaba en su auxilio para defender la libertad de Irlanda, Depretis y Crispi lo miraban como un colaborador en la obra de la unidad de Italia; un día en la Sorbona francesa, la juventud universitaria conducida hacia él por el inolvidable Julio Simón y por nuestro maestro Ernesto Lavisse, lo oyó, lo aclamó lo rodeó ebria de juvenil entusiasmo y al compás de la Marsellesa, lo declaró un gran orador francés. La sorprendente pompa oriental con que vestía sus conceptos, ofuscaba al principio y se imponía al fin; nosotros los hijos de los países del calor y del sol, saboreábamos el deleite que ese estilo producía, con lenta fruición, y los hombres de las comarcas frías acababan por comprenderlo y aclamarlo con el entusiasmo con que saludaban las hordas hiperbóreas el insolado suelo de Italia, desde las gélidas crestas de los Alpes.

*
* *

Y en medio de su prodigiosa é inagotable labor, lo sorprendió la realización obscura, confusa, nocturna de uno de sus grandes ideales: la República española. Llegó un momento en que todo estaba perdido; la mano negra del absolutismo carlista arrancaba á España giro-

nes de las provincias del Norte; el anarquismo cantonalista la desgarraba en las comarcas andaluzas, la asamblea parecía enloquecida de incertidumbre y de miedo; el clero preparaba los supremos anatemas y el ejército las deserciones supremas; la sociedad, como si faltara bajo sus piés el suelo firme, se agrietaba, se desmoronaba, se hundía; la voz agonizante de España tomó la forma de un grito inmenso de dolor y de angustia en la lira de Núñez de Arce.

Entonces Castelar subió al poder.

No vaciló, ni se arredró, ni tembló; arrojó á los piés de las turbas como una aureola de latón dorado, su popularidad de orador; aplazó la realización de sus ideales, de sus sueños; sacrificó otros rápidamente: la República federal, era la forma del desmembramiento; á un lado, fuera del barco, al mar y para siempre. El ejército popular era el gobierno desarmado contra el desorden y en plena lucha civil y el ejército permanente era la necesidad suprema; lo armó: le hizo levantar la frente y con él contuvo al carlismo en el Norte é hizo fuego sobre el cantonalismo . . . ¡Oh! ¡qué gran apóstata! le han dicho. ¡Oh! ¡qué gran patriota! dirá la historia. Para ser un hombre de estado de primera fuerza, ese poeta, ese soñador, ese fantaseador perpetuo, no necesitó más que su amor á España. Ahora bien, este amor era infinito; para salvarla sacrificó sus ideales, hizo bien ¡cómo no hemos de sacrificar á la patria nuestros ensueños si debemos sacrificarle nuestra vida! Y la salvó; cuanto hizo, bien he-

cho estuvo; cuanta transacción se creyó obligado á celebrar para identificar la República con la Patria, fué honrada y fué heroicamente buena.

La nave marchó obediente al timonel; pero la insensata tripulación se resistió, encrespóse la Asamblea Un soldado dijo al gran tribuno: pasad sobre ella, he aquí mi espada; Castelar rehusó; no quiso hacer de las tablas de la ley las gradas del solio

Mientras la dictadura militar hacía encabritar á España con sus espuelas de hierro, Castelar se vió desconocido, befado, ultrajado. Aquel pueblo demente, respondiendo al grito de los que sólo saben remover sus pasiones malas, echó lodo y piedras sobre la tribuna, en donde el genio de España, personificado en un hombre de bien, descollaba de excelso El vió huir su popularidad, desdeñoso, sereno, admirable

Entonces sus amigos de aquí quisimos tributarle un homenaje . . . El estudiante de jurisprudencia, poeta incorrecto é incorregible, con cinco años más encima, se atrevió á traducir su admiración así:

Ave, sublime decidor, adoro
tu verbo, mundo que en las almas creas
y donde en ígneos tropos las ideas
vuelan, al ritmo de tu voz de oro.

Las razas y los pueblos te hacen coro,
y las magnetizadas asambleas
conmueven con sus férvidas mareas
el bronce de tu trípede sonoro.

¡Ah! te odia ya la demagogia obscura,
 porque al derecho salvas de la escoria,
 de tu tribuna en la inviolada altura.

No logrará descoronar tu gloria:
 de la columnia la saliva impura
 te unge rey ante Dios y ante la Historia.

*
 * *

Cuando la incoherente y vacilante tiranía de Isabel II, cerró la clase del profesor de historia en la Universidad, como quien apaga un faro hacia el cual se orientaba y subía en columnas profundas la juventud democrática de España; cuando lo sentenció á muerte de *garrote vil* como si intentase dar un Cristo á las ideas nuevas, ya Emilio era nuestro, era americano, era mexicano; ya su voz apostólica había resonado, bendiciendo la independenciam de la América española, ya su voz profética había anunciado á Maximiliano el cadalso de Iturbide, y aquella profecía, como negra procelaria, seguía la estela triunfal de la Novara en su viaje á los mares mexicanos; después penetró más en nuestros anales y, junto con nosotros, reconoció en Juárez, no una excepción en la clase indígena salvada por España, sino un tipo, una proyección del granito primitivo en plena civilización, para dar mayor consistencia á nuestra historia, y subió con nosotros á su altar cívico y en él depositó, con nuestras pálidas coronas retóricas, sus cláusulas magnilocuentes, águilas inmensas que se cernían sobre dos mundos.

¡Oh! cómo lo aplaudimos, cómo lo seguimos

palpitantes de emoción, cuando después de la Revolución de 68 las aclamaciones, más que los votos populares, lo subieron á los escaños de las Cortes constituyentes. Allí, frente al General Topete, el mexicano autor de la revolución anti-borbónica; frente á ese otro mexicano que adquirió en nuestra historia derecho de ciudadanía, penetrando en ella armado de punta en blanco, como un paladín de la mesnada del Cid y saludando con la espada de la Intervención la bandera de la República que Zaragoza tremolaba, he nombrado al General Prim; frente al regente Serrano, frente al demosteniano Ríos Rosas, y sobre todo, frente á todos los elementos anti-revolucionarios que pretendían coagular definitivamente el alma española en el éxtasis de la contemplación de su leyenda católica y absolutista, frente á un mundo que llenaba todos los recuerdos del pueblo que circundaba al orador, frente á un siniestro muro negro, hecho con montañas por bloques y que se elevaba hasta los astros; ¡cómo luchó, cómo asaltó, cómo abolló su armadura y melló su espada y ensangrentó sus manos; pero cuánto escombros cayó á sus pies, cuánto aire puro penetró por la brecha, y aunque rota y destrozada la bandera, cuán gárrula y sonante flotó en el nuevo ambiente de libertad y reforma!

Luchó por la libertad individual, por la abolición de la esclavitud, por la autonomía completa de Cuba y Puerto Rico, por la separación de la Iglesia y el Estado, por la República siempre, siempre por la democracia y nada obtuvo; pero en esa épica brega por sus ideales,

¿cómo hizo circular el oxígeno en el interior de los organismos viejos, cómo los oxidó, cómo preparó su transformación ineluctable!

Y de veras, que sólo quienes no lo hayan leído ó lo hayan olvidado, pueden decir que en aquellas maravillas de arte, no había más que forma, mentira; negar el rayo de luz en el deshecho ramillete de los colores espectrales; decir que el iris no denuncia al sol, eso es negar que en los discursos de Castelar no existe la razón superior del pensador y del político; en ese hilo de oro va enhebrado el collar de diamantes y de perlas que desgranó perpetuamente sobre el mármol de la tribuna.

*
* *

¿Un orador parlamentario? Sólo por momentos. ¿Un tribuno? Sólo en sus arrebatos de ira ó de piedad. ¿Un fraseador académico? Sólo en sus períodos serenos, cuando colgaba su escudo de las sonantes palmas y se sentaba á reposar sobre la grama entre el *olifante y dúrandal*. ¿Qué era, pues? Era el orador, el orador puro; el orador por excelencia; jamás, creo yo, se ha revelado ni en el Payx, ni en el Forum, ni en el Wetsminster, ni en el Palais Bourbon, el Luxemburgo, ni en el Capitolio, ni en Berlín, Viena, Buda-Pesth ó Roma, un poder semejante; un poder semejante de trasmutación en música oral de la historia entera, de la filosofía, de la ciencia y del arte. Jamás la tribuna política ha sido convertida en una urna de mármol más vasta y más

artística á un tiempo; ella es la fuente de donde fluye un río de elocuencia y emoción ilimitado que ha reflejado todos los cielos desde el que hace del Ecuador una inmensa argolla de oro y de fuego, hasta el que enciende sobre la corona de cristal del Polo el nimbo de las auroras boreales; todos los paisajes, el desierto rojo, el Mediterráneo de zafiro vivo, los campos tostados de la patria, las praderas esmaltadas de trigales y viñedos de los países ricos, y las selvas americanas y los negros pinares del Norte, y las inmensidades del Atlántico y el Pacífico que el genio de Colón y Magallanes engastaron como esmeraldas en la corona de España, rota hoy en fragmentos de oro sobre la tumba de Castelar. Sí, todo lo reflejó ese río cósmico, las obras de los hombres desde la Esfinge de Gizhet hasta la Venus de Milo, en cuyos pechos divinos se nutren los adoradores de la forma y de la idea; desde las vírgenes de Murillo vestidas con las místicas alburas de los lirios y con los siete cielos de la teología condensados en el azul del aéreo manto, á los pies el arco ascendente de la luna y en torno el estremecimiento musical de todas las alas del empíreo, hasta la estatua de la libertad cuya sombra como la de un gnomo de bronce, se proyecta lentamente en la bahía imperial de Nueva York. Pero reflejó sobre todo, las esperanzas, las ilusiones, los pensamientos y los dolores de los hombres. Aquella elocuencia vivía de la muerte, porque vivía de la historia; ¿pero es la muerte la historia? ¡Oh! no, los muertos resucitan perennemente en nues-

tras almas y uno de los más grandes pensadores de nuestro siglo, lo ha dicho; en cada momento de la vida de la humanidad, viven más los muertos que los vivos.

*
* *

Pocos años después, ceñido con la tiara del pontificado literario del mundo de habla española, rebosando vida é inquebrantable fe en los destinos de la democracia, seguro de haber conquistado la popularidad eterna á costa de la popularidad de un día, divorciado sin reticencias de las revoluciones, resuelto á pedir la lenta realización de sus ideales á la educación, al voto de sus conciudadanos libres, Castelar celebró un tratado de paz definitivo con la monarquía constitucional en cambio del sufragio universal. El jacobinismo de ambos mundos se lo tuvo á mal; el jacobinismo es la infatigable ciencia de no gobernar bien en los tiempos normales; Castelar lo desdeñó y siguió su camino. Hizo bien: su política era la de un hombre que conocía el medio que pretendía transformar con su acción y tenía en cuenta las condiciones históricas del pueblo español; otra cosa, habría sido insensata. Pudo decirse de Castelar, de este último fecundo período de su vida: así se juega; como cuando fué jefe del poder, pudo decirsele, repitiendo la forma del maestro eminente de nuestra política nacional: así se gobierna.

Su voz de tribuno calló poco á poco; su fecundidad asombrosa tomó el camino del discurso académico, del periódico y del libro. Su

estilo más y más nutrido por la razón, adquirió la consistencia de uno de esos tisús inverosímiles de que decía Mad. de Sevigné: “oro sobre oro, rebordado de oro, reorlado de oro, y, por encima, un oro crespo *rebrochado* de más oro mezclado á cierto oro. que compone la tela más divina que se haya jamás imaginado.”

Y este modo suntuoso de escribir era en él tan personal, tan encarnado en su pensamiento y en su sensibilidad, que se transparentaba hasta en sus conversaciones, hasta en su más íntima y familiar correspondencia: un fraternal amigo mío que fué quizás el último amigo de Castelar, guarda en un centenar de cartas que he leído, las pruebas de este poder incalculable de convertir toda música en expresión y todo razonamiento en sinfonía.

*
* *

Desconcertado por el carácter cada vez más socialista, es decir, más hostil á la libertad, que tomaba la democracia europea, pálido de horror ante la visión del día de las iras de los trabajadores, que amenazaban á la civilización humana con un naufragio en el Mar Rojo, buscó en torno suyo, al posible mediador santo en la batalla sin tregua del porvenir, y vió alzarse en el silencio del Vaticano una figura trémula y blanca, era la luna de Cristo, ¡era el pacificador supremo! Habló con León XIII y sintió avivarse su nunca extinguida creencia religiosa, y sin prescindir de uno solo de los artículos de su credo político, dejó doblar las

miseses rubias de sus ideas por un soplo sobrenatural de misticismo y de fe. En Castelar la devoción de la justicia, la necesidad infinita de creer en la realidad de la justicia, afirmaron en su conciencia su fe infantil en Dios y en la eternidad del espíritu; lo que en sí tenía del alma de su madre, que es el alma de todos los hombres de sentimiento, lo hizo mantenerse siempre bajo la inmensa sombra de la Cruz; y su maravilloso temperamento artístico, dió por relicario gótico á todas estas divinas aspiraciones y añoranzas suyas, la religión que había inspirado á los debeladores de Granada, á los vencedores de Lepanto, á los redentores de los indios, á los autores de las vírgenes murillescas, y de las catedrales ogivas, y de las li-ras de Fray Luis, y de los cánticos de Palestrina. Y además el catolicismo es español en buena parte; casi todo el bronce que decora ese edificio estupendo que se llama la Iglesia católica, está compuesto de alma española dorado al fuego de las hogueras de la Inquisición.

*
* *

¡Y Castelar habrá muerto para siempre! . . .
¡Oh! no; si algún epitafio merece esta tumba, es el vocablo por excelencia de la esperanza: inmortalidad. Este es de los muertos que resucitan; no quedará como una medalla artística sepultada en los cimientos de la regeneración futura, sino que ascenderá redivivo al ara de la gratitud de su Patria. Para eso basta que cada una de las almas, y son millones, en que hizo germinar una simiente de bondad y de be-

lleza, pongan su átomo de admiración y gratitud en un mismo cáliz eucarístico, y Castelar volverá á la historia, y su ataúd flotará en el océano del porvenir como una arca de salud, como un símbolo de alianza de los grupos hispánicos de ambos mundos; será el Santo-Graal en que bullirá la sangre heroica de que nacimos, en que vivirán eternamente los dos amores supremos que componen la religión latina; el amor del Derecho y el amor del Ideal!





